

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCELENTISIMO SEÑOR GILBERTO BOSQUES,
EMBAJADOR EXTRAORDINARIO Y PLENIPOTENCIARIO DE MEXICO, EN EL ACTO
DE LA PRESENTACION DE SUS CARTAS CREDENCIALES

Excelentísimo señor Presidente:

Tengo el honor de poner en Vuestras manos las Cartas de Retiro de mi antecesor y las que me acreditan como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos ante el Gobierno de Vuestra Excelencia.

Cuba y México son pueblos de afinidades sustanciales, unidos por cauces de historia, por linajes de espíritu, por confluencia de ideas, por horizontes de aspiración y por su adhesión a la causa exigente de la libertad, de la justicia en las relaciones humanas y de la dignidad y soberanía de las patrias.

En este año, más que en cualquiera otro, la grandeza de dos libertadores preside esa vinculación superior: la grandeza de Martí, Apóstol de la Independencia de Cuba, y la grandeza de Hidalgo, Padre de la Patria Mexicana. A distancia de un siglo nacieron los dos en tierras americanas ávidas de emancipación y anduvieron su destino de titanes desde la hora visionaria hasta el minuto culminante del heroísmo y del martirio.

Este año es del Centenario de Martí y del Centenario de Hidalgo. Los dos erigidos ya en la Historia de América con vasta luz, precisa y cardinal. Uno, el preclaro insurgente de Dolores, que decretó por primera vez en este Continente la abolición de la esclavitud; otro, el fulgurante Apóstol, que tomó la más cabal dimensión hispanoamericana y continental para pensar y decir a las naciones hermanas su mensaje de unión, de

esfuerzo, de progreso y de dignidad. "América ha de promover -afirmaba- todo lo que acerque a los pueblos y abominar todo lo que los separe". Hijo y profeta de América abarcó, con mirada profunda y con potestades de pensador adelantado y responsable, todas las perspectivas del Continente. Hijo de América y de cada una de sus patrias. Hijo para comprenderlas, para amarlas y para servir las. "Dáme Venezuela en qué servirla; ella tiene en mí a un hijo", decía en carta a Fausto Aldrey. Y a Pío Vázquez: "Pido a usted y a mis amigos de Costa Rica que me permitan servirla como un hijo". Y a México: "Hijo tuyo, que no nació en ti", aunque en México nació y creció para claros vértices de su altimetría espiritual, y vivió horas de pensamiento, de poesía, de amor, de esperanza y de lucha. Por eso, en la medida en que Martí pertenece a México, a la América y al Mundo, mi país supo unir su homenaje, en hondura y compromiso, al homenaje nacional que ha rendido Cuba al Apóstol.

América necesita seguir escuchando el verbo de Martí, verbo vivo y vigente y proyectado para muchos mañanas, hasta que todos podamos repetir sus palabras con plena convicción: "Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla".

Permitidme, Excelentísimo señor Presidente, que en este acto -que sella una vez más la tradicional fraternidad de nuestros pueblos- esas palabras me sirvan para creer y decir que bien podemos servir a nuestra América y al mundo concurriendo a la colaboración que plantean los problemas de diámetro continental y mundial: problemas económicos, sociales, políticos, técnicos, culturales. Las situaciones vitales son, cada vez más, problemas comunes, y por encima de diferencias de raza, de religión, de normas éticas y de concepciones sociales

y políticas, surge una enérgica aspiración humana que busca la comunidad de los espíritus en función de la verdad, del conocimiento recíproco, de posibles nivelaciones y síntesis culturales y de los compromisos que impone esta hora decisiva, a fin de edificar el bienestar futuro de todos los hombrs.

Dentro de organismos regionales y de la Organización de las Naciones Unidas, la confrontación de nuestras realidades y de nuestras posibilidades funde esfuerzos trascendentes. Creemos que el conocimiento de la dimensión real de nuestros problemas y de nuestros medios efectivos de acción conjunta nos está conduciendo a cierta unidad de expresión. Empezamos a hablar un lenguaje común y a asumir una actitud promisoria. Se está integrando la voz de América con las voces de todos sus pueblos. Nuestros Jefes de Estado empiezan a dar altura, resonancia y proyección continentales a su palabra afirmativa.

Que todo ello nos aliente en la tarea de servir a nuestra América y al Mundo y que en este Año Centenario nos lleve a esperar con mayor fé que pueblos como Cuba y México y todos los pueblos hermanos, del Norte y del Sur, próximos o lejanos, grandes o pequeños, se encuentren sobre las rutas de concordia y de paz, siempre con buena fé, con diáfana intención, con ánimo esforzado y con severa lealtad.

Excelentísimo señor Presidente: México confiere a la amistad internacional la amplitud y la intensidad capaces de crear vínculos de trascendencia histórica. Con ese pensamiento debo servir los fuertes vínculos existentes y los que puedan establecerse y desarrollarse entre nuestros dos países. Pido a Vuestro Gobierno el concurso necesario para cumplir la misión que me trae ante Vuestra Excelencia y ante el pueblo cu-

bano, misión honrosa en grado de máximo privilegio, por estar llamada a radicarse en esta gloriosa patria de Martí, que tanto amamos todos los mexicanos.

Traigo igualmente la honrosa Misión de entregaros, con las Cartas que pongo en Vuestras manos, los votos cordiales del Gobierno y del pueblo mexicanos por el progreso y la prosperidad del pueblo de Cuba y por la ventura personal de Vuestra Excelencia.